

otros abusos del derecho electoral, se unieron los jóvenes abogados del partido republicano, á su cabeza Ferry, para la publicación de un «manual del elector», y les ofrecieron además sus servicios personales. Con gran celo se declaró este grupo contra la abstencion que recomendaban los republicanos viejos, y aunque aquellos estaban en parte disgustados porque Ollivier, en el curso del debate sobre la contestación al discurso del trono, había rechazado la acusación de que hiciera una oposición sistemática, tomaron de nuevo su partido con mucha decisión los mas influyentes entre los opositores, Ferry y Gambetta. De Darimon les disgustó que tuviera relaciones con el príncipe Napoleón; pero también de esto se prescindió y se decidió apoyar de todos modos la reelección de los cuatro opositores de París, pues que Henon había salido elegido en Lyon. Los cuatro opositores supieron apreciar en todo lo que valía el auxilio que aquellos jóvenes les ofrecieron, porque de los antiguos poco podían esperar. Carnot, Proudhon, Bastide y otros no quisieron renunciar al sistema de abstencion, y á lo mas querían entregar papeletas en blanco, como una especie de demostración; otros se empeñaron en protestar contra la elección de Ollivier y Darimon, á los cuales acusaban de no ser ya verdaderos opositores, y otros se esforzaron en introducir nuevas candidaturas, como las de Havin y Guérout. La lucha entre estos grupos se ensañó tanto, que la confusión hizo probable durante semanas la derrota de la oposición. Solo cuando al fin de la legislatura los cinco opositores dieron pública cuenta de sus actos y se reunieron en un comité con las redacciones del *Siecle*, *La Presse* y *La Opinion Nationale*, se aclaró gradualmente la situación y fué posible comprometer á la mayor parte de los oradores de los diferentes grupos para formar una lista de candidatos. En ella, al lado de Favre, Ollivier, Picard y Darimon, figuraron también Havin, Guérout, Julio Simon, Pelletan y Thiers. Guérout y Thiers fueron los que menos votos tuvieron para ser incluidos en la candidatura; pero Persigny cometió una gran torpeza, que hizo aceptar á Thiers. Temiendo que este viejo parlamentarista llegara á tener influencia sobre el emperador y consiguiera la vuelta al sistema constitucional, escribió el ministro en 21 de mayo una carta al prefecto Hausmann para prevenir á éste contra Thiers, como persona deseosa de restablecer un régimen que en diez y ocho años solo había producido impotencia en el interior y debilidad en el exterior, y que se había hundido en la revolución de la cual había salido. Segun Persigny, no convenia que el sufragio universal pusiera enfrente del gobierno que había sacado á la Francia de un abismo, al hombre precisamente que la había precipitado en él. Por resultado de esta carta, reforzada por un manifiesto simultáneo de Hausmann, una multitud de republicanos que hasta entonces habían continuado decididos á abstenerse de votar, votaron por Thiers, que fué elegido aun por muy contada mayoría (11,100 votos contra 10,700). No fué tan feliz, pero al fin también fué elegido, Guérout, que como redactor de *La Opinion Nationale* era el jefe de los imperialistas democráticos, y por lo mismo había sido desechado por muchos republicanos hasta que en la segunda votación triunfó. Los otros siete candidatos de la oposición triunfaron todos en la primera votación, casi todos por 17,000 á 18,000 votos contra 7,000 hasta 11,000, correspondiendo en este número los votos contrarios á los protegidos del gobierno. La elección de Pelletan fué declarada nula por una falta de forma; pero antes del fin de año fué reelegido en una nueva votación por una mayoría mucho mayor.

Para el gobierno fué un golpe formidable el brillante éxito de los candidatos de la oposición en París, y además sufrió también notables descalabros en los departamentos. En al-

gunas grandes ciudades venció también la oposición liberal, como en Lyon, donde además de Henon fué elegido Favre; en Marsella obtuvo mayoría Marie y en Nantes Lanjuinais; Havin salió elegido por dos distritos, y en *Côtes du Nord*, Glais-Bizoin. Mayor éxito obtuvieron todavía los clericales, enemigos del gobierno. Estos votaron á Dupanloup y otros seis obispos, que fueron apoyados por los republicanos en los distritos donde éstos no se vieron con fuerzas para triunfar. Gracias á este auxilio, obtuvo Berryer los votos de los electores de Marsella, siendo elegidos también otros veinte diputados clericales combatidos por el gobierno. Así, pues, la oposición reunida había conseguido 36 diputados; y si bien este número apenas formaba la octava parte de la cámara, que entonces se componía de 283 miembros, robustecieron su importancia hombres como Thiers y Berryer hasta un grado difícil de apreciar. Aumentó todavía el triunfo de la oposición el hecho de haber obtenido notables minorías en muchas circunscripciones electorales á pesar de todas las artimañas de los prefectos (1).

En vano Persigny, en una circular á los prefectos, trató de borrar la impresión producida por estas elecciones diciendo que aunque la coalición de los adversarios, que siempre poseía en las grandes ciudades gran influjo, había podido sorprender al sufragio universal, el gobierno contaba siempre con la inmensa mayoría del país, la cual había demostrado que la Francia no deseaba derrumbar las bases del plebiscito de 1851. El ministro se contaba todavía tan seguro en su puesto, que dió á sus prefectos consejos de conducta y les recomendó la moderación, diciendo que era la verdadera señal de la fortaleza del gobierno y de una administración paternal. Pero cuando estaba redactando esta circular ya estaba decidida su destitución, y con él salió del gobierno en 24 de junio de 1863 Walewski, que en la mayor parte de las cuestiones había sido el antipoda de Persigny. El ministerio de Estado fué encomendado á Billault con atribuciones mucho mas amplias, porque se le encargó la representación del gobierno en las cámaras, quedando suprimidos los ministros oradores. Baroche dimitió al propio tiempo la presidencia del consejo de Estado, recibiendo en cambio el ministerio de Justicia, que dejó Delangle. La presidencia del consejo de Estado fué confiada á Rouher, cuyo ministerio de Comercio y Agricultura pasó á manos de Behic, hasta entonces director de las mensajerías imperiales. El ministerio de Instrucción pasó de Rouland, que fué indemnizado con la lucrativa sinecura de gobernador del Banco de Francia, á Duruy, autor de muchos libros de enseñanza de historia y geografía que estaban esparcidos sobre la Francia en 200,000 ejemplares; Boudet, finalmente, fué nombrado ministro del Interior, habiendo sido hasta entonces presidente de una sección del consejo de Estado. Como antiguo amigo de Billault, la posición de éste contribuyó á su nombramiento. La misión que correspondía á Billault como representante del gobierno ante las cámaras no podía conciliarse bien con la constitución, aunque el *Monitor* lo afirmó así; pero de lo que no había duda ninguna era de que fuera de Billault no había otro capaz de encargarse de la lucha oratoria con la oposición. Sus adversarios del parlamento le predijeron que no resistiría la carga inmensa que había echado sobre sus hombros, y una declaración pública de Morny, segun la cual Billault no había tomado la parte que los periódicos le atribuían en el nuevo orden de cosas, dió á conocer que encontraría también por este lado grandes dificultades. Faltaba que la experiencia justificara la confianza con que fué recibido su nombramiento;

(1) En Burdeos solo faltaron á la oposición cuarenta votos para ser mayoría.

mas no pudo hacerse esta experiencia, porque tres meses después la muerte arrebató á Billault á su país y al imperio.

Entre los nuevos ministros, Duruy, que se sostuvo unos seis años en su puesto, resultó el mas activo de todos y fué autor de muchas reformas provechosas en el ramo de instrucción pública. Con prudencia y circunspección, pero con mano segura, acabó gradualmente con el sistema de bifurcación en las escuelas superiores; introdujo la enseñanza de la historia de los tiempos modernos, la gimnasia y finalmente los ejercicios de tiro; organizó las escuelas especiales, propuso la enseñanza gratuita en las escuelas elementales, fomentó la instrucción de las niñas por el Estado, que hasta entonces había corrido enteramente á cargo de la Iglesia; fundó en las grandes ciudades escuelas nocturnas de adultos, socorrió á las sociedades científicas en las provincias y siguió en sus disposiciones siempre principios moderadamente liberales. Esto le atrajo conflictos con el partido clerical, sin que por esto contentara siempre á la oposición liberal, cuyos individuos mas entendidos supieron no obstante apreciar por un lado los méritos del ministro y por otro los obstáculos que tuvo que vencer. «El espíritu que introdujo en el ministerio, dice Enrique Martin (tomo VI, página 320), discrepó demasiado de la corriente general del imperio; la marcha que se propuso fué demasiado inteligente y rápida para que se le hubiese permitido seguir por mucho tiempo en esta dirección.» En efecto, tuvo que reducir á menores proporciones y efectuar con mas lentitud muchas de las cosas que se propuso; pero á pesar de esto, su administración forma una de las páginas mas gloriosas de la historia del imperio.

Durante el verano de 1863 las reformas de Duruy fueron las que despertaron principalmente el interés público, además de la política extranjera, en la cual ocupaba preferentemente la atención la agitación de la Polonia. En general, la agitación del período electoral fué seguida de cierto cansancio. Esperábase que cesaría al abrirse la nueva legislatura; mas la inesperada muerte de Billault, ocurrida en 13 de octubre de 1863, hizo vacilar toda la organización del gobierno realizada en junio, siendo mas que dudoso que entre todas las notabilidades del bonapartismo se encontrara un individuo que pudiese reemplazar al difunto. Morny y otros instaron al emperador para que redujese de nuevo las atribuciones del ministerio de Estado y encargara por medio de un senado-consulta á todos los ministros la defensa de las leyes nuevas en el senado y en la cámara de diputados. Napoleón, sin embargo, no siguió estos consejos, sino que nombró sin vacilar en 18 de octubre á Rouher ministro de Estado, reemplazándole en la presidencia del consejo de Estado Rouland con tres vice-presidentes, Forcade de la Roquette, Chaix-d'Est-Ange y Vuitry.

Esta resolución tuvo una trascendencia extraordinaria. Se dudaba que Rouher, á pesar de su grande aptitud, resultara á la altura del papel que se había destinado á Billault (1); pero todo el mundo estaba convencido de que mucho mas que su predecesor, sabría impedir que se ejerciese otra influencia que no fuera la suya sobre el emperador. Creíase firmemente que procuraría hacerse consejero y representante único del soberano, y así sucedió hasta mas allá de lo que nadie pudo prever. Facilitaron á Rouher esta posición dos circunstancias: primera la muerte de Mocquard y de Morny, que por su situación habrían podido ejercer una influencia

(1) Merimee escribió en 20 de octubre de 1863 á Panizzi: «Billault fué sin duda el mas hábil y el mas idóneo para luchar con ventaja contra los oradores, aun los mas brillantes, de la oposición. No era hombre de Estado, pero era un instrumento admirable en las manos de un hombre de Estado. En mi opinión, solo Rouher puede sucederle, pero no puede reemplazarle.»

enteramente especial sobre el ánimo de Napoleón, y segunda, los padecimientos físicos que desde el año 1865 impidieron frecuentemente al emperador dedicarse como antes á los asuntos del gobierno y aumentaron su antigua aversión á tratar con nuevas personas. Como los rivales de Rouher, Walewski, Persigny, Maupas y otros, no se cansaban de procurar la caída del ministro, las intrigas en la corte se hicieron mas apasionadas que nunca, valiéndose los envidiosos preferentemente de las reformas liberales, naturalmente con gran daño del país y del desarrollo de su constitución.

A todo esto se agregó la decadencia moral muy extendida, que á pesar de la prosperidad material del país era visible para el observador extranjero y aun para el observador francés perspicaz. Para juzgar al imperio bajo este punto de vista es menester proceder con cautela y no aplicar á toda la Francia las observaciones que París sugeria; pero á causa de la inmensa influencia que ejercía la capital sobre el resto del país, se extendió irresistiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al imperio toda la responsabilidad de la demoralización creciente, después de haberse presentado ya sus rasgos principales bajo la monarquía de julio, si bien era perfectamente exacto que la atmósfera de la corte favorecía este estado lamentable y no permitía siquiera pensar en la posibilidad de una mejora. Es un cuadro terrible el que Emilio Montegut pintó describiendo al joven francés, que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer á su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse á luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, dice Montegut, opone á la dureza del egoísmo; no se fia ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho á explotarlas á su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera solo cuenta consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar á nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho á luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás. Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer á la oposición fué desde 1862 el crítico literario del *Monitor oficial*.

El extranjero que llegaba á París veía desde luego á la Francia grande, próspera y floreciente; pero al observar mas de cerca las cosas cambiaba muy pronto de ideas, y muchos observadores extranjeros se complacían en pintar con colores lúgubres á esta nación ciega y corrompida, lanzada con ardor febril á todas las exageraciones del materialismo mas grosero, del lujo mas escandaloso y del afán de goces sensuales. París fué llamada por todos la Babilonia del Sena, y un distinguido extranjero escribió en 1860 (2): «Toda idea de deber, de justicia y de honor ha desaparecido: el conjunto produce la impresión de una danza macabra de Holbein alrededor del becerro de oro. En la cúspide de la escala social se halla la familia imperial, que toma la iniciativa de todos los excesos y de todas las debilidades. La charla frívola de las Tullerías, de las embajadas, de los ministerios, gira únicamente alrededor de las aventuras misteriosas del emperador y de las personas que el día anterior le han acompañado. La inmoralidad se asoma por todos lados; todo el mundo vive y se

(2) Beaumont-Vassy: *Histoire intime*, págs. 301 y siguientes.

recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse á los usos y á las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican á su capricho, según les inspira la ira ó la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta á su superior. La opinión pública está corrompida sistemáticamente con el auxilio de una prensa inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana, se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es anti-natural; el lujo es loco, las inmundicias son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia, que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan solo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven solo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve á la Francia, á la bandera y al honor; solo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir á la dinastía. El espionaje y la delación se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. África es una escuela funesta para el ejército francés: allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación puede confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan á perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados ó periodistas; pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que solo sirve para el pueblo francés. Salvo dos ó tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público á su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretegan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran á cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible anemia.»

Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo, Helie, que miraba las cosas bajo un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del imperio; autor de la obra repetidas veces citada de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente; hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado á culpar en gran parte al libre cambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de Francia: «Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de prevision, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de hacer la

oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derecho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social.» «El gobierno y el pueblo, dice este autor, trabajaron en igual sentido, y esto nos puso en gran confusión. Los poderes del Estado habían perdido del todo su fuerza, porque el exceso de los derechos del emperador no había dejado elasticidad é independencia ni á los grandes cuerpos del Estado ni á las autoridades locales ni á los individuos. La magistratura se completaba generalmente con individuos de la clase media y le faltaba importancia política; la manera de ascender apartaba á muchos individuos de sus deberes, los impulsaba á solicitar continuamente ascensos é hizo á muchos hasta serviles. En el ejército descorazonaba á los más capaces el abusivo ascenso por los años de servicio, que era resultado de la falsa inclinación á la igualdad y ponía las medianías á la cabeza de todos los organismos militares. Nuestras escuelas especiales no supieron retener una parte de la juventud que hubiera podido dedicarse al servicio del Estado, y daban á los demás un exceso de ciencias positivas, que atrofiaban el espíritu, y demasiado poca instrucción filosófica, que hubiese podido ensanchar la inteligencia y formar el corazón. La división excesiva de los ramos del servicio público, el abuso que se hizo de la incompatibilidad de los empleos y las traslaciones incesantes, hacían prosperar en todas partes á las medianías. El medio engañoso de las reformas que se aplicó á los males políticos, contribuyó á lanzar tanto á las corporaciones consultivas como á los individuos á la palestra de los partidos y de la crítica estéril, en lugar de hacer de ellos los puntales robustos y libres del orden constitucional. El periodismo volvió á entregarse á una inmoralidad sin nombre desde que el reciente uso, rápidamente extendido, de vender números sueltos de los periódicos prometió el mayor lucro á los embusteros más hábiles y más descarados.»

«El desorden social fué aun más grande que el político. No se enfrenaron ni enmendaron nuestras costumbres demasiado democráticas. La potestad paterna quedó rebajada por estas excrecencias democráticas; las familias perdieron su unión y vivieron separadas bajo la protección del poder del Estado. El excesivo aumento del comercio que produjo el libre cambio, había despertado la concupiscencia y el egoísmo y enriquecido á muchos demasiado. La usura levantó la cabeza, acumulando descaradamente sus tesoros robados y hasta sacó del libre cambio argumentos á su favor para justificar su conducta con una moral nueva. La aristocracia de los capitalistas estaba emponzoñada por las doctrinas de Adam Smith, que favorecen sus intereses á expensas de los obreros pacíficos y de los proletarios. Un lujo desenfadado extendió en ella la corrupción. La libertad de coalición separaba cada vez más á los patronos y obreros en dos clases enemigas. La fuerza de una competencia desordenada fué concentrando el trabajo en las fábricas y desmoralizaba allí las masas, que olvidaron la vida de familia. Las industrias pequeñas, no menos necesarias que la propiedad pequeña, fueron desapareciendo y el comercio se vió favorecido á expensas de la agricultura. Los precios crecientes de los objetos más necesarios, en los cuales influyeron también por una parte la codicia de los vendedores y por otra la necesidad de los consumidores, llevaron la confusión á la vida doméstica. La centralización social, que se desarrolló gradualmente sin obstáculo gracias á los ferro-carriles, desangró á las provincias más lejanas y la Francia vivía solo en París; lo que dió lugar en cierta manera á una nueva especie de vida vagabunda, la de las familias ricas que paseaban su egoísmo

y holgazanería por los sitios de verano y por los puntos de recreo de invierno, sin cuidarse de la suerte de sus compatriotas, casi sin domicilio y sin pertenezca á ningún pueblo, provincia ni patria, gastando las riquezas que Dios les había concedido para auxiliar á los pobres. El clero procuró separarse del Estado; se complacía en su altanero aislamiento y educaba en sus colegios una parte de nuestra juventud en los principios ultramontanos, mientras la universidad se inclinaba á los libres pensadores y aun á los ateístas. Los curas párrocos, insuficientemente instruidos, estaban animados más de fanatismo que de religión; nuestros obispos, nombrados casi todos por favor, gobernaban sus diócesis sin autoridad y aun bajo el espionaje de las congregaciones, que se habían entregado al absolutismo de la Santa Sede. Estos obispos obedecían á su clero, para no quedar abandonados por él. La polémica anti-religiosa atacó á la religión con violencia, apoyándose cada vez más en principios que los ignorantes no sabían combatir con la fuerza necesaria.»

Mucho hay en esta pintura incompleto é insostenible, como particularmente las acusaciones que el autor dirige á los principios del libre cambio y que corresponden no á este sino al exagerado aprecio de las riquezas materiales; pero á pesar de esto, la descripción que acabamos de citar reúne en un enérgico cuadro los varios y múltiples males que padecían el Estado francés y el espíritu de la nación. La Francia, y mucho más el extranjero, estaban muy lejos en 1863 de hacerse cargo de esta situación en toda su extensión. París fué sin duda la reina de las ciudades; no era solamente el centro de la Francia, sino también el del arte, del lujo, de la moda; era la capital de Europa. Cuanto menos encontraba el extranjero en su propio país lo que pudiese comparar con lo que veía en la capital de Francia, tanto mayor era la admiración que le inspiraba el genio francés. Por eso las demás naciones, empezando por las pequeñas, ensalzaron las excelencias de la Francia y trataron de imitar la civilización francesa. A los dinamarqueses, rumanos, suecos, griegos, holandeses y portugueses, siguieron también los polacos y los rusos, los italianos y los españoles, los ingleses y los alemanes. No se ignoraba que bajo el brillante barniz había mucha carcoma y corrupción, pero esto no impidió ni el goce ni la imitación. La novela francesa inmoral era leída en toda Europa; los dramas, comedias y operetas frívolas de París, celebraban sus triunfos en todos los teatros extranjeros. La influencia general que dió esto al genio francés, adquirió su correspondiente matiz político por la prensa francesa y por los corresponsales de la prensa extranjera que vivían en París. Lo que ocurría en Alemania y hasta en Inglaterra, en Rusia ó en Italia, y con más razón en países menos importantes, era comunicado al resto del mundo exclusivamente por la vía de París, ó por lo menos arreglado á la francesa. Bien se sabía que la prensa francesa no era de ningún modo independiente, que unas veces se conformaba con las indicaciones de los capitalistas y otras obedecía á los mandatos del gobierno, que la resistencia de un periódico acarrearía su supresión; pero á pesar de esto la opinión pública bebía en estas fuentes turbias. Fueron menester las derrotas formidables que sufrió la política de Napoleón desde 1863 en grado siempre creciente para preparar paulatinamente un cambio en este concepto.

CAPITULO XI

LA EXPEDICION Á MÉJICO

La causa principal que produjo la decadencia del imperio fué sin duda ninguna la política vacilante y por lo mismo

SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

desgraciada que observó Napoleón en los asuntos de Alemania, que desde el otoño del año 1863 ocuparon el primer término del desenvolvimiento histórico europeo. La inseguridad de que dió pruebas Napoleón en estas cuestiones, reconocía en el fondo por causa la divergencia que existía entre su fe en el triunfo, que en su opinión había de obtener el principio de las nacionalidades en Alemania como en otros pueblos, y la consideración que debía á la preocupación de los franceses, que miraban con malos ojos el movimiento de unidad nacional en Alemania. Esta inseguridad se aumentó todavía en gran manera por efecto de las dificultades inesperadas que Napoleón mismo se creó con su empresa aventurera en Méjico. Esta empresa formó durante



Antonio Lopez de Santa-Ana (según fotografía)

cierto número de años el fondo oscuro de su política y le quitó la libertad de acción, ya por los peligros militares y diplomáticos que engendró, ya por los efectos perjudiciales que produjo de rechazo sobre la opinión pública. Por esto nos parece conveniente exponer primero á grandes rasgos esta gran complicación transatlántica.

La elección de Abraham Lincoln como presidente de los Estados Unidos, indujo al Sur de la Unión á separarse del Norte. En 8 de febrero de 1861 se unieron siete Estados del Sur en Montgomery (Alabama) en una confederación y eligieron por presidente suyo á Jefferson Davis; los demás Estados esclavistas entraron en la confederación en cuanto no les impidió hacerlo su situación geográfica como los Estados de Maryland y Delaware, y en 14 de abril abrieron la guerra civil con el asedio del fuerte Sumter. Napoleón, así como la opinión pública en Inglaterra, simpatizó desde luego decididamente con los Estados del Sur, no porque le fuese simpática la institución de la esclavitud, sino porque creyó útil en el interés político de la Francia y de toda la Europa que el poder creciente y formidable de los Estados Unidos llegara á debilitarse por la división. El estado de guerra entre el Sur y el Norte se le hizo sensible por la falta de algo, que los Estados del Sur suministraban á la industria francesa, cuya falta obligó á muchas fábricas á suspender sus trabajos quitando el pan á cientos de millares de obreros, por manera que el gobierno y la beneficencia individual hubieron de acudir para socorrer la miseria; y como en In-